

SINDROMES RELIGIOSOS

Cristianos

Dice el diccionario que un síndrome es un conjunto de síntomas y signos que existen a un tiempo y definen un estado morboso determinado. Obviamente, es un concepto relacionado con la salud y la enfermedad. Pero salud y enfermedad no se encuentran sólo en el cuerpo y en la mente. También en el ámbito de las creencias se producen manifestaciones de enfermedades vistas por el observador (signos) y fenómenos indicativos de patología percibidas por el mismo creyente (síntomas).

Nada nuevo bajo el sol. Las religiones son propuestas humanizadoras, que se sitúan en el ámbito de la adhesión libre a un modo de buscar la felicidad adhiriéndose a un grupo y a una Persona que nos trasciende. Pero también pueden ser fuente de patología, de sufrimiento. Sólo el ciego no vería diferentes conjuntos de síntomas y signos indicadores de patología en el creer cristiano.

Síndrome del milagrero

Lo padecen aquellas personas que viven la religión como el ámbito en el que el devenir de las cosas puede cambiar sin que sea esperado ni explicable. Quien lo padece, entiende el milagro como una excepción de las leyes de la naturaleza y se olvida del sentido de la palabra “miraculum”, que en latín significa hecho admirable, algo digno de ser admirado.

El que padece este síndrome piensa en Dios sobre todo, manifestándose quebrantando las leyes de la naturaleza, y apoya su esperanza en intervenciones especiales como signos aparatosos y prodigios que violan las leyes naturales.

Se olvidan de que más que el hecho en sí, es el modo de realizarlo lo que da carácter de milagro a un determinado hecho y, sobre todo, el simbolismo o significado de dicha actuación que el protagonista reivindica o los presentes deducen.

Síndrome de sobre- culpa religiosa

Padecen este síntoma aquellos creyentes que viven la religión sobre todo como fuente de culpa. Alcanza el máximo nivel el escrupuloso, contemplado en la teología moral. Los escrúpulos son un trastorno de la conciencia que san Alfonso definía como aquella "que por motivos leves, sin causa o fundamento razonable, a menudo teme el pecado donde de hecho no existe". Y esto se manifiesta tanto en el discernimiento que precede a la acción como luego, en el miedo de haber cometido pecado mortal.

Es siempre muy importante la distinción entre la escrupulosidad verdadera y la transitoria (que puede ser sólo un momento del crecimiento de la persona) y, sobre todo, de la conciencia timorata, que intenta evitar el mal incluso en sus formas menos graves. La conciencia timorata está libre de la angustia y de la incapacidad de conseguir la paz interior, que distingue, en cambio, a la conciencia escrupulosa.

Síndrome del fanatismo

El fanatismo es un concepto que suele llevar “apellido”. Hablamos de “fanatismo religioso”, “fanatismo racial”, “fanatismo político”, etc. El fanatismo es, básicamente, un ahorro de energía psicológica, es decir, de ahorro de las sensaciones que producen las dudas. Una persona que experimenta dudas en una situación determinada se encuentra en la necesidad de realizar una elaboración compleja: ha de buscar las distintas posibilidades, estudiarlas, sopesarlas, calcular los factores que pueden intervenir, mirar el problema desde distintos puntos de vista, calcular las posibilidades de éxito/fracaso... Durante ese proceso el psiquismo trabaja mucho, se experimenta una sensación de inseguridad, las acciones son más lentas y la incertidumbre produce cierto temor (al fracaso, al error, a las consecuencias, etc).

El fanatismo religioso elimina la incertidumbre propia de la fe. El fanatismo religioso esconde terribles efectos secundarios: limita la libertad, empobrece el psiquismo, incomunica, limita la autocrítica y el afán de superación, reduce la riqueza de matices de la vida y en muchos casos desemboca en la negación de la dignidad humana.

Síndrome fundamentalista

La palabra *fundamentalismo* nació en EEUU y, curiosamente hoy los dirigentes de la nación más poderosa del planeta se muestran orgullosos de ser los bendecidos por Dios. Más aún, y es ése el auténtico rostro, su fundamentalismo se manifiesta en la obcecada concepción que tienen de su misión en el mundo, en la arrogancia de sus actos, en la mirada entre protectora e imperial al resto de los humanos.

Un fundamentalista es alguien que niega todo discurso, alguien con el que no se puede hablar, un hombre para el que algo es sagrado, y que no está dispuesto a negociarlo. El fundamentalismo cristiano es un fenómeno en gran medida protestante. La historia enseña que de tales lecturas literales de determinados textos siempre han emanado impulsos de revitalización y renovación de tradiciones. La ortodoxia, en cambio, es una construcción intelectual católica. Presupone una instancia legitimadora de la evolución de la doctrina, es decir, una instancia que se remonte al origen y la tradición.

Síndrome del dolorismo

El dolorismo identifica una tendencia caracterizada por la exaltación del valor del dolor, y que tuvo una repercusión social, sobre todo en el periodo entre las dos guerras mundiales, al ser aceptada por un gran número de intelectuales y una amplia variedad de grupos sociales.

El término apareció en Francia, en 1919, creado por Paul Soday y difundido por Julián Teppe. Se considera al dolor, y sobre todo al dolor físico, un medio de autodescubrimiento, un camino para entender la verdad básica en relación a uno mismo, un medio de purificación y liberación del individuo de las ataduras terrestres que podía hacerle más compasivo hacia los demás y más lúcido hacia uno mismo.

La tendencia dolorista persiste todavía, pero no sólo en el ámbito intelectual, sino que con frecuencia encontramos personas que a nivel espiritual identifican el sufrimiento con virtud y el placer con pecado. Asimismo, quien sufre este síndrome, es capaz de realizar sacrificios en términos de intercambios con Dios de dolores (ofrecimiento), con objeto de conseguir alguna ventaja.

Síndrome de la ob-sexión

Este síndrome consiste en un conjunto de signos y síntomas en el pensamiento y en la conducta que polarizan las implicaciones religiosas a nivel ético en el ámbito de la sexualidad.

No es indiferente, por ejemplo, la escasez de pronunciamientos y parece también que de interés generalizado por el fenómeno del sida cuando en Europa parece haberse congelado y convertido en una enfermedad crónica y en África continúa siendo una enfermedad que mata. Inicialmente se reclamaba la responsabilidad individual, particularmente en el ejercicio de la sexualidad y hoy, que sería necesario reclamar cada vez más fuertes valores de justicia, nos encontramos más silencio.

Síndrome del avestruz religioso

El síndrome del avestruz religioso lo padecen aquellas personas que, por pertenecer al grupo de creyentes, no se permiten ver problemas existentes a nivel tanto teórico como práctico en el grupo. Pensemos, por ejemplo, en aquellos teólogos que, en su trabajo, parten del punto de llegada con el que quieren oficialmente estar de acuerdo y acomodan sus investigaciones y sus reflexiones al mismo, en lugar de partir de tesis abiertas a su verificación o no por los caminos propios de la investigación teológica.

El avestruz religioso no ve que el hecho de que la mujer no tenga acceso al sacerdocio sea un problema, por ejemplo. Como tampoco ve que el celibato obligatorio de los presbíteros sea un problema. O que las cuestiones más importantes en el ámbito de la moral relacionada con el VIH estén en el ámbito de la moral social y del principio de justicia. El avestruz religioso sólo ve lo “políticamente correcto” y se instala en la defensa de la ceguera evitando el compromiso de pensar y ser coherente con los descubrimientos personales y comunitarios.

Síndrome del marianismo

El marianismo define el papel ideal de la mujer tomando como modelo de perfección la Virgen María. De este modo, se concibe a la mujer como un ser sacrificado y sumiso, cuya misión es dar todo sin recibir nada a cambio, viviendo, tanto literalmente como metafóricamente, a la sombra del hombre (padre, marido, hijo) y de la familia.

El marianismo es la otra cara del machismo. La obligación de las mujeres que lo padecen es sobre-proporcionar atención y placer, sin recibirlos, sobre-vivir a la sombra de sus hombres, engendrar niños, vivir como una monja de convento de hace siglos pero “la orden del matrimonio”

En nuestra realidad cultural latina, la opresión y la exclusión de la mujer se manifiestan, en la construcción social, en por lo menos los dos postulados del machismo y del marianismo.

Ambas adversidades -el machismo y marianismo- tienen como meta final organizar y justificar la opresión y la exclusión de la mujer en el núcleo familiar, centros de trabajo, organizaciones políticas, lugares de adoración, o sea, en nuestra sociedad en general. La manifestación de la opresión y la exclusión en todo momento se da, por lo menos, en dos niveles: en lo personal y en lo estructural.

Estoy convencido de que las religiones son propuestas sanas de humanización, pero vulnerables. Y como tal, susceptibles de desarrollar algunos síndromes necesitados de atención. También la religión necesita ser humanizada.

José Carlos Bermejo